

LA SOMBRA DE ALDO MORO

MANUEL CAMPO VIDAL

El juez Pietro Calogero lo había dicho con claridad en mayo de 1978 con ocasión de una entrevista en la prensa: "Un único vértice dirige el terrorismo en Italia; una única organización liga las Brigadas Rojas y los grupos armados de la autonomía; una única estrategia subversiva inspira el ataque al corazón del Estado". Cuando alguien trataba en meses pasados ir más allá de esta importante afirmación, el magistrado de Padua se limitaba a responder: "Por ahora, la mía es tan sólo una hipótesis de trabajo, pero muy seria".

Coincidiendo prácticamente con el aniversario del secuestro de Aldo Moro en la romana vía Fane, que costó en pocos segundos la muerte de los cinco integrantes de su poco eficaz escolta, el juez Calogero cursó órdenes de detención contra veintidós exponentes de la "autonomía", entre los que destacaba el profesor Antonio Negri y casi toda su cátedra de Teoría del Estado. Ahora, en los días en que se cumple el aniversario en que el cuerpo de Aldo Moro fue hallado ametrallado en la estrecha calle que une en Roma la sede de la Democracia Cristiana (plaza de Jesús) con la del Partido Comunista (vía Botteghe Oscure), las acusaciones contra Negri han sufrido un cierto proceso de evaporación, especialmente la que determinaba su participación activa en el asesinato de Aldo Moro, incluso precisando que fue su voz la que anunció por teléfono la muerte del presidente de la Democracia Cristiana a sus familiares.

El juez Alessandrini, de Milán, íntimo amigo de Calogero, habría reconocido aquella voz que la Policía difundió por radio pocos días después. Alessandrini, más tarde asesinado por las Brigadas Rojas, interrumpiendo una de las investigaciones cruciales que se llevaban en Italia en torno al terrorismo, habla ce-

nado con Toni Negri en Milán algunos meses atrás y creyó reconocer su voz.

El caso Negri ha provocado una riada de discusiones sobre un mar de escepticismo. El propio Presidente de la República, Sandro Pertini, felicitó por escrito al juez Calogero por sus investigaciones en los



Antonio Negri, centro de las polémicas.

primeros momentos, lo que le valió algunas críticas. Expertos en terrorismo no ligados a ningún interés o partido concreto se reservaron su opinión atentos a los acontecimientos. Paola Meo, esposa de Negri, denunció que todo se trataba de un monstruoso montaje, el más importante, en su opinión, de los últimos años. Los pasquines de la autonomía y Radio Sherward, que coordina la solidaridad y la información en torno a Negri, denuncian, como era de esperar, la "responsabilidad del Partido Comunista para impresionar al electorado".

Que el movimiento de los autónomos está relacionado con la violencia como recurso cotidiano parece fuera de toda duda, y de hecho no ha sido nunca negado explícitamente por sus principales puntos de referencia. En la discusión actual en torno al caso Negri no hubo ni siquiera tiempo de hacerlo, en el caso de que así se lo hubiese propuesto alguien: a las pocas horas de la detención de Negri, en la localidad de Thiene, cercana a Padua, Antonietta Berna, Angelo dal Santo y Al-

berto Graziani fueron destruidos por el artefacto que estaban manipulando en una habitación. "Murieron —según un pasquín de los autónomos que podía leerse en las calles de Padua— mientras experimentaban su rabia por este Estado".

Pero una cosa sería la violencia a la que recurren los autónomos y otra la violencia de las Brigadas Rojas. Sin ir más lejos, el asesinato de Moro fue criticado en diversos documentos de los autónomos. En la oscuridad de esa presunta relación entre una violencia y otra, que para algunas opiniones es perfectamente identificable, parece imponerse la impresión de que se trata de dos expresiones que no admiten compara-

ción de Negri, se desarrolla sobre un calendario de exigencias: el aniversario del secuestro de Moro, el aniversario, esta misma semana, del hallazgo de su cuerpo, la campaña electoral en la que destacan más los atentados que los mítines, el eterno dilema de si el Partido Comunista entra o no finalmente en el Gobierno a decidir en la práctica en las urnas el próximo 3 de junio... Pero la complicada historia se desarrolla también sobre el debate en torno al Estado italiano, a su maltrato Estado después de treinta años de mal gobierno democristiano, a la necesidad de su refuerzo o a la exigencia de su destrucción. Fue el honorable Ugo La Malfa, fallecido hace unas semanas, el que



El profesor de Teoría del Estado de la Universidad de Padua, Negri, con su mujer, Paola, y su hija Anna, en una foto de hace trece años.

ción y que sólo hallarían algún punto de contacto, caso de existir, en una cierta complementariedad. ¿Existirían algunos dirigentes comunes, como pretende demostrar el juez Calogero cuando acusa a Toni Negri de pertenecer a la dirección estratégica de las Brigadas Rojas?

La complicada historia a la que a diario se añaden interrogantes y elementos intoxicadores, como la reciente acusación de "La Stampa" de que la CIA podía haber suministrado datos para la deten-

declaraba cuando en el Congreso fue informado del secuestro de Aldo Moro: "Se trata de un desafío al Estado". Con sus palabras, el propio La Malfa establecía un grave desafío o lo aceptaba si existía ya. Porque un año después, los aparatos de ese Estado italiano han ido poco más allá de la detención de veintidós personas en torno al caso Negri. Durante casi dos meses, las Brigadas Rojas mantuvieron secuestrado a Moro, como representante del EIM (Estado imperialista de



Las circunstancias en torno al secuestro y asesinato de Moro permanecen, un año después, igualmente oscuras.

las multinacionales). Moro, el "gran estadista" según Carter y Waldheim, "el menos implicado de todos y por ello destinado a más enigmáticas y trágicas correlaciones", según escribía hace cuatro años Pasolini en el "Corriere della Sera". En todo ese tiempo de duro cautiverio fue imposible dar con él ni con sus secuestradores. En todo el año que ha seguido, los servicios de información italianos reorganizados ahora en torno a la DIGOS y con el general Della Chiesa en el Departamento especializado en terrorismo, no han logrado responder en nombre del Estado al desafío que aceptara el honorable La Malfa.

Y así, la sombra de Moro reaparecida en el calendario se puede entrever en la cam-

paña electoral de un país que no se decide a atravesar el umbral del cambio, atemorizado por el concurso de todas las fuerzas interiores y exteriores que tratan de impedirlo. Moro, vivo y muerto a la vez, es posible encontrarlo en

Padua y en Roma, en Turín y Nápoles, siempre en opinión de Leonardo Sciascia, como un Don Quijote, como un "affaire" desarrollado irrealmente en una realísima atmósfera histórica y ambiental.

EL ENIGMA DE PADUA, CUNA DE LA AUTONOMIA

Padua queda a un lado de la ruta que conduce a los turistas hasta Venecia. Popular a nivel mundial con la inestimable colaboración de San Antonio, que lleva el nombre de la ciudad, Padua es una especie de misterio contemporáneo: capital blanca tradicional, feudo de la democra-

cia cristiana como el resto de las provincias del Véneto, ha sido al mismo tiempo, y de forma sucesiva, capital de una fugaz resurrección fascista a principio de los setenta y ahora de la Autonomía Obrera, que, sin embargo, tiene bastante más de universitaria que de obrera. Exponente del movimiento "autónomo", un profesor paduano de nacimiento, Toni Negri, responde ahora a una grave y doble acusación: formar parte de la dirección estratégica de las Brigadas Rojas y haber participado directamente en el asesinato del presidente de la Democracia Cristiana, Aldo Moro.

La acusación se hincha y se deshinch. La reacción crece y mengua, mientras la campaña electoral italiana avanza como una cruda crónica de sucesos. Pero Padua sigue allí con su misterio, al lado de la ruta de los turistas que acuden presurosos a Venecia y no tienen tiempo para

saber de Padua, antes capital negra, ahora capital roja, eterna capital blanca.

Bajo los interminables paseos de pórticos, las paredes de Padua reflejan su doble vida, opuesta, contradictoria. "El hombre no puede vivir sin amor", rezan los restos de un cartel que anunciaba, hace algunas semanas, la Pascua de Resurrección. "Mangiate cazzi. Fa bene", se ha escrito en la pared de un convento.

Como si de dos fotografías superpuestas se tratase, a la Padua democristiana de olor a cera y de tiendas de objetos para el culto religioso se le han añadido algunos millares de estudiantes, con sus bicicletas, sus ciclomotores y todo tipo de elementos que conforman una coreografía rebelde. Es una Padua impresionada sobre la otra.

En justa correspondencia con las dos Paduas superpuestas, contradictorias, el profesor Toni Negri enseñaba Teoría del Estado mientras teorizaba su destrucción.

Es Padua una ciudad tranquila, apacible. Pero en sus calles cayó hace algún tiempo, medio muerto, el profesor Odone Longo, comunista, después de que dos jóvenes enmascarados le asestaran un golpe en la cabeza desde una moto en marcha. Es un tradicional refugio para la meditación, truncado por la violencia esporádica que se ha hecho casi habitual (150 atentados desde el 1 de enero de 1978 a base de explosiones de pequeños artefactos bajo algunos coches, agresiones a líderes sindicales o a profesores universitarios).

Residen allí 280.000 personas. Insertos en el tejido urbano viven unos 20.000 estudiantes de los 60.000 matriculados en su Universidad. Otros llegan diariamente desde la provincia, otros finalmente acuden sólo en la época de exámenes.

La desesperación juvenil

¿Por qué Padua? ¿Cómo es posible que en esta ciudad se haya dado cita la cuna del movimiento de los autónomos? Existe en Padua una desesperación particular de los jóvenes. Todas las riendas del poder están en manos democristianas que rozan el 60 por 100 de los votos. Es un grupo ▶



Pietro Calogero, el juez que cursó las órdenes de detención contra Negri y veintiún "autónomos" (izquierda), y Leonardo Sciascia, el autor de "El caso Moro", que se presenta a estas elecciones por el Partido Radical.



Aldo Moro

de dirigentes especial, cerrado, que no interviene ante la desesperación juvenil, "un grupo dirigente que ha fallado en su hipótesis de hegemonía", según sostiene un dirigente comunista. En Padua se envidia a otras ciudades también cargadas de problemas, pero vivas, tanto da Bolonia como Turín. Ante los problemas existe en esas ciudades sensibilidad, se abre un debate duro en ocasiones, interviene el Ayuntamiento; el cuerpo docente deja sentir su peso, se distribuyen encuestas por los barrios... Padua representa, en cambio, el inmovilismo.

¿Reside el problema en que el poder es democristiano de forma monocolor? No, se insiste en Padua. También es democristiana Vicenza, a pesar de ser una de las provincias más industriales. El fascismo echó a los líderes democristianos de las fábricas, y con la liberación volvieron los sindicalistas encuadrados en ese partido, habiendo sabido mantener la hegemonía incluso en el interior del movimiento sindical. Pero en Vicenza hay una fuerte articulación entre el territorio y la situación social, tal vez la inexistencia de una Universidad

preserva en lugar de diluir, como sucede en Padua, sitúa por las Facultades.

¿Por qué fue Padua en 1970 cuna del resurgimiento fascista? La respuesta de una docena de paduanos es imprecisa. Sólo la reacción al cambio, al pánico que creó entre las clases dirigentes, esencialmente inmovilistas en Padua, el gran avance del movimiento obrero y universitario en el 68 y en el 69 podría explicar en parte el fenómeno. El poder quedó paralizado ante aquel avance. Maduraron las reacciones de derecha que tendían a crear el miedo. Fredda, el activista nazi era paduano: mantenido por potentes organizaciones del interior del Estado, sostienen dirigentes de la izquierda véneta pensando en los servicios secretos del general Micelli, el SID o sucedáneo.

En el interior de la incógnita italiana, Padua es su más destacado enigma, capaz, sin embargo, de acunar actualmente un movimiento, el de los "autónomos", que exporta a otras ciudades menos importantes, aunque sólo en la Universidad de Roma la Autonomía haya calado realmente. ■ M. C. V.



Oreste Scalzone, treinta y un años, líder del movimiento estudiantil romano en el 68, uno de los fundadores de Potere Operaio en el 69 y creador, en 1975, de los "Comités comunistas", formación de la "Autonomía Obrera".

SALT II

Un juego peligroso

JOAQUIN RABAGO

CON este segundo SALT, que debe sustituir al firmado en 1972, ocurre como con el horizonte: que parece retroceder conforme uno avanza hacia él. Cuántas veces se ha dado la noticia de que por fin Washington iba a rubricar el documento, que sólo quedaban unos detalles técnicos —cosa de nada—, para, al día siguiente, anunciarse un nuevo aplazamiento.

En algunos casos parecía como si los responsables aprovecharan el mínimo pretexto para demorar la firma. La cual, por otro lado, tanto significa la entrada en vigor de los acuerdos, pues, como se sabe, en Washington debe ratificarse a continuación el Senado. Y esto, con los vientos que allí soplan últimamente, no es, ni mucho menos, moco de pavo. Otras veces, acontecimientos imprevistos en zonas estratégicas se interponían en el camino de la firma. Tal fue el caso del Irán. La caída del régimen prooccidental del Sha hizo que se perdieran los valiosos puestos de escucha que los Estados Unidos habían instalado en aquel país fronterizo con la URSS. ¿Qué mejor justificación podían encontrar los críticos norteamericanos del SALT para rechazar la firma del documento que, según ellos, colocaba a Washington en situación de inferioridad con respecto a la URSS? Perdido el Irán, los Estados Unidos no podían verificar el cumplimiento por Moscú de los acuerdos. Así, según unas declaraciones hechas a puerta cerrada por el director de la CIA, almirante Stanfield Turner, pero que lograron filtrarse a la prensa, los Estados Unidos no podrían recuperarse de la pérdida de las estaciones de control del Irán hasta 1984, como muy pronto.

Hubo, a cambio, eso sí, el ofrecimiento de Pekín de su

propio territorio para espiar a la URSS. Pero no pasaba de ser una propuesta cuando menos extravagante y, en cualquier caso, inaceptable para Washington. En primer lugar, los chinos insistían en ser ellos quienes manipularan el instrumental enviado por los Estados Unidos. A cambio se comprometían a comunicar puntualmente a los norteamericanos todas sus averiguaciones. Pero, ¿podría fiarse Washington de un país que considera a la URSS como su archienemigo y que además no ha firmado todavía el tratado de no proliferación de pruebas nucleares?

En cualquier caso, las afirmaciones del director de la CIA sobre la incapacidad norteamericana para controlar a los soviéticos iban a ser oportunamente desmentidas por el secretario de Defensa, Brown, primero, y luego, por el propio Presidente. Carter aseguró que los Estados Unidos estarían en condiciones de verificar los acuerdos desde el momento mismo de su firma. Aseveración que, a su vez, sería puesta en duda por ciertos sectores del Senado, los cuales exigieron de la Casa Blanca pruebas concretas de que eso era así. Pero dar las pruebas que se pedían equivalía a revelar ciertos secretos militares que no debían llegar a conocimiento de los soviéticos. Como se ve, todo un círculo vicioso.

Un formidable arsenal

Mientras tanto, sin hacer caso de estas y otras parecidas escaramuzas en la escena política de Washington, las delegaciones norteamericana y soviética, encabezadas por Cyrus Vance y el embajador Dobrynin, proseguían pacientemente sus trabajos. Y cuando ya parecía otra vez